



La testigo Tomasa Batista pugna por adelantarse hasta el asiento que cerca ocupa Sosa Blanco, mientras en su garganta no pueden contenerse los gritos: "¡Asesino! ¡Criminal!" Sosa, pese a los ruegos de la anciana, había balaceado a su esposo ante su propia vista, dejando once hijos en la orfandad.

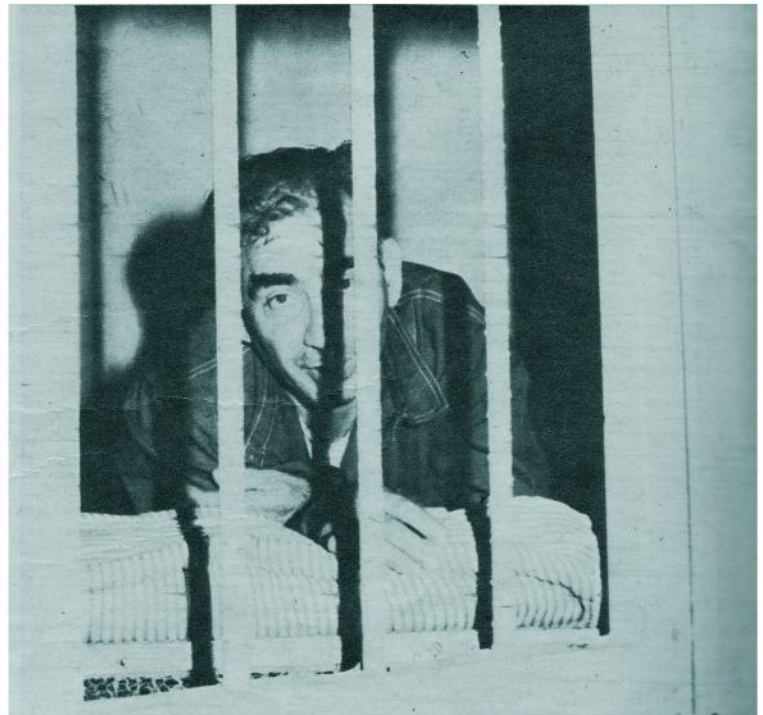
Son casi las 6 de la mañana —el juicio se ha extendido hasta algo más de doce horas. Tras un largo lapso —de dos a seis de la madrugada—, que Sosa empleó en comer y dormir algo y el Tribunal gastó en deliberaciones, llega el instante crucial: ante la tribuna, de pie, el acusado escucha impasible su sentencia de muerte.



...Y SE HIZO JUSTICIA CON... (Continuación)



Hay piedad en el gesto del niño Angel Mora Mora cuando pasa por el lado de Sosa Blanco, tras declarar como testigo ante el Tribunal. Mora, después de haber sido obligado por el propio Sosa a cocinar para sus tropas, estuvo a punto de que lo fusilara junto con nueve campesinos más en el Oro de Guiza.



Mientras, envuelta por las tinieblas de una celda, una vida de horrores y latrocinios va tocando a su fin. El nuevo sol, brillando sobre los negros y relucientes cañones, le herirá la vista. Un ronco grito y después... la muerte, la justicia.